

E. MIRET MAGDA LENA

LA figura de Lutero, el gran inconformista cristiano del siglo XVI, ha quedado desvirtuada por la leyenda, por sus amigos o por sus detractores.

Unos repiten afirmaciones que no tienen nada de históricas; otros ensalzan su figura por encima de la realidad, y los últimos se empeñaron hasta hace poco en deformar su imagen y personalidad religiosa, queriéndonos presentar una especie de monstruo de pasiones.

Pero nada de esto fue Lutero, el ex agustino alemán que se secularizó por decisión privada antes de la época en que esto es corriente hacerlo hoy, y que se realiza ahora o por vía eclesiástico-legal o por vía puramente personal, como el rebelde fundador del protestantismo.

Lutero, con sus grandes defectos personales, fue, sin embargo, como reconocen casi todos, un genio de lo religioso que plasmó su personal concepción con apasionamiento y vehemencia.

Pero, sobre todo, Lutero fue un preocupado por el pueblo. Lo mismo del pueblo infantil que del adulto.

Hasta su época, raramente se ocupaban los hombres religiosos de la infancia y de su educación cristiana. Antes de la mal llamada "edad de la razón", no merecían los niños la atención catequística por lo regular, y después eran considerados como igualmente responsables que un adulto hecho y derecho. Una excepción curiosa fue la del famoso teólogo y místico francés Juan Gerson, cancellor de la Universidad de París en el siglo XV, quien se ocupó de la enseñanza religiosa de la infancia, levantando una gran crítica por parte de sus compañeros de aula, quienes pensaban que con esa labor era hacerse de menos un profesor universitario. Y los pocos catecismos que había entonces se dedicaban a los mayores y nunca a los niños.

Lutero, en cambio, dio un giro de 180° a estas costumbres, y publicó su "Catecismo breve", que es un ejemplo de concisión y claridad, y probablemente, una de sus obras que más se acercan al punto de vista católico, porque entonces había teólogos católicos que aceptaban casi todas las posturas mantenidas en este catecismo. Y quien quiera comprobarlo por sí mismo no tiene más que leer sus preguntas y respuestas en la Antología de sus obras, publicada en España en 1968, por primera vez en nuestra historia hispánica.

La segunda labor popular de Lutero fue su traducción de la Biblia al alemán. Hasta sus más acérrimos detractores reconocen el esfuerzo único que realizó para popularizar el Antiguo y Nuevo Testamento, dando a la imprenta una versión en el alemán que hablaba el pueblo. Su éxito fue enorme: en sólo los diez primeros años fueron hechas 44 ediciones de la Biblia traducida por Lutero, y en los cincuenta años posteriores a su primera publicación se imprimieron más

de 100.000 Biblias en este alemán popular escrito por el reformador protestante.

Para su trabajo se valió de la ayuda de otros eruditos que colaboraron con él en su labor y también de las traducciones ya existentes, pero su inquietud fundamental, y hasta entonces única, fue hacer de las Sagradas Escrituras un libro legible y popular. Su norte fue bien sencillo: "Contemplar al hombre corriente y atender con cuidado a su modo de hablar", como dice H. Grisar, S. J., a pesar de la enemiga de este jesuita contra Lutero. Y si alguien le criticaba una expresión suya y le proponía otra más erudita o escogida para la versión empezada, contestaba: "Ningún alemán se expresa de ese modo", y ese era su principal argumento.

Es algo parecido a lo que ha pretendido ahora el Nuevo Testamento publicado por Juan Mateos y Alonso Schöckel, y al que me

LUTERO Y EL PUEBLO

referí en anterior artículo. Pero estos autores lo han hecho con un aparato crítico y lingüístico mucho más desarrollado, y con una mucho mayor radicalidad todavía, al haber intentado superar expresiones y modismos anacrónicos propios de la cultura del tiempo de Jesús, que hoy poco dicen al pueblo, y por eso se le cae de las manos muchas veces la Biblia. Y lo van a continuar estos autores en una próxima edición no sólo del Nuevo Testamento, sino de la Biblia toda, que, sin duda, ha de ser un acontecimiento. En su cuidado y minuciosidad se parecen a Lutero, que dedicó toda su vida a corregir su primera traducción, haciendo versiones más ajustadas cada poco tiempo, lo mismo que estos autores españoles han hecho con su versión definitiva.

La verdad es que ante todas estas novedades, el creyente debe preguntarse: ¿Si hoy hubiera vivido Jesús, cómo se hubiera escrito el Evangelio? Y, sin duda, habría que contestar que elegirían sus redactores, sus discípulos actuales, el lenguaje usual y corriente, con sus expresiones y modismos para poder ser entendidos por el lector medio de nuestro mundo presente. Esto es, por tanto, lo que han pretendido estos nuevos traductores españoles, como poco antes lo pretendieron los protestantes de lengua hispánica haciendo la "Versión popular", publicada hace pocos años, si bien no llega, ni mucho menos, al nivel y acierto de la que aquí comento.

El hecho de que los católicos se hayan regocijado con descubrir, por boca del protestante Bunsen, que había en la traducción de

Lutero al menos 3.000 pasajes necesitados de corrección por su inexactitud, no dice gran cosa. Todos sabemos que el ser humano se equivoca y que caben matices interpretativos en muchas cosas. Lo mismo que ocurrirá con la Biblia de Mateos y Schöckel, que requerirá sin duda nuevas precisiones, pero esto no disminuye su valor.

Lo que es leyenda, demasiado arraigada todavía, es afirmar que Lutero fue el primer traductor de la Biblia al alemán, o que su traducción germana fue la primera a una lengua moderna. Católicos y protestantes, una vez pasada la ola polémica entre ambos, han demostrado con imparcialidad histórica que no fue así. Lo cual no quita ningún mérito a la labor popularizadora del ex monje alemán. El autor protestante W. Walther dice que "en la Edad Media es cuando se hizo el trabajo de traducción de la Biblia", y el pastor de Berna, Hadorn, afirma que "no es exacto que Lutero fuese el primer traductor de la Biblia al idioma alemán" (H. Hadorn, Die deutsche Bibel, 1925).

Todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento fueron traducidos a la lengua germánica antes de Lutero, y desde el siglo IX se conocen versiones de algunos libros sueltos. La más importante es la versión completa del dominico Juan Rellach en pleno siglo XV, aunque su estilo sea muy inferior al de la Biblia que Lutero publicó en 1534. La razón de estas ediciones parciales fue que una Biblia entera resultaba cara para las escasas economías populares, y era preferible editar libros sueltos de la Biblia, y sobre todo de los Evangelios, para que su difusión fuese más amplia. Antes de Lutero se conocían, según el historiador Janssen, catorce versiones completas al alto alemán y cinco al bajo alemán. Y el investigador Falk, en su obra Bibel am Ausgange des Mittelalters, compulsó que existían antes de Lutero al menos diez versiones al francés, once al italiano, dos al bohemio, una flamenca, una al limousin y una en ruso, y Monseñor Gibbons, en su libro The Faith of Our Parents, cuenta por lo menos hasta veintiséis ediciones en Europa continental, aparte de las inglesas: veintidós en alemán, una en español, cuatro en francés, veintiuna en italiano, cinco en flamenco y cuatro en bohemio. Concretamente, en España circulaban antes del siglo XVI seis traducciones del texto original hechas por judíos y tres versiones castellanas más hechas de la latina de San Jerónimo, realizada con gran cuidado por este gran bibliista del principio del cristianismo partiendo de los originales. La más antigua entre nosotros fue la Biblia alfonsina, mandada traducir por Alfonso X el Sabio. El único mal era que se solía traducir del latín a las lenguas vulgares, salvo excepciones; y nosotros los españoles tenemos el privilegio de haberlo hecho en varias ocasiones de las lenguas originales, cosa bien poco frecuente en otros países. ■